

## DIÁLOGOS SOBRE EL GÉNERO MASCULINO EN CHILE

SONIA MONTECINO y MARÍA ELENA ACUÑA,  
compiladoras.

Universidad de Chile,  
Facultad de Ciencias Sociales.  
Programa Interdisciplinario de  
Estudios de Género.

Bravo y Allende Editores.  
Santiago, 1996. 107 páginas.



Para mí ha sido fascinante, y más que grato —una experiencia auténticamente renovadora— llegar desde unas Islas lejanas, para colaborar unas semanas con la gente del PIEG y encontrarme con una vitalidad intelectual y una mentalidad tan abierta como las que se encuentran en este nivel de la Facultad, y de la Universidad.

Y lo que es más tener en mis manos —nada más llegar— un libro que a través de múltiples y tal vez ricamente contradictorios tonos de voz, se detiene a inspeccionar y desarrollar unos fragmentos de discurso y de subjetividad: fragmentos de los que Sonia Montecino llama una imagen trizada, la del sujeto unívoco llamado hombre. Un libro que responde a una de las ansiedades del momento, de la década.

Dialogando, este libro (o las conversaciones que reproduce) a la vez logra reconocer que (otra vez en palabras de Sonia Montecino) “el hombre de fines de siglo no sabe definirse”, pero también logra desafiar tal ausencia de autoconciencia. Retoma los fragmentos, busca posicionarlos, colocarlos en sitios a la vez inesperados y pertinentes. Cimentarlos.

Uno de los cimientos que no pueden sino hacerse tangibles y

evidentes es el de la realidad histórica chilena, y muy especialmente la de los últimos 23 años. Redemocratización y neoliberalismo en la introducción de Sonia Montecino; poder y sumisión a partir del Golpe, en las intervenciones de Darío Oses y de Eduardo Devés; José Bengoa va construyendo una imagen compleja de estos años en la que se ven sorprendentes transformaciones y transmisiones de poder y de ideología en relación con género y sexualidad. El va buscando hacia atrás en una arqueología metafórica pero de resonante precisión para hallar momentos fundacionales en la historia no siempre reconocida de la dominación sexual y por eso social en orígenes raciales, en conquista y mestizaje, en el mundo hacendal y en el Estado que subyuga a la nación.

En sus conversaciones, estos hombres han participado como lo hacemos todos en la actualización y realización de nuestro género y sexualidad —en un movimiento discursivo que va y viene entre puntos fijos y específicos de un lado (o en una dimensión) y grandes zonas colindantes o interpuestas—. Está Chile como punto fijo, está también la cuestión específica de raza: en José Bengoa; en una interpretación de textos de Gabriela Mistral y Joaquín Edwards hecha por Jorge Guzmán; detrás de las ideologías cristianas que impactan en las construcciones del machismo en el Norte Chico analizado por Jorge Pinto Rodríguez (“ser hombre y ser blanco”, un mensaje transmitido paradójicamente por mujeres según el autor hablante, desde el siglo XVI, más abiertas las mujeres que los hombres a la mitología cristiana). Son todos puntos fijos. Pero viendo —oyendo— cómo estas formas de masculinidad se crean y se sostienen amarradas a tales puntos específicos, uno empieza a vislumbrar que este Chile, que estos machismos triunfantes, contradictorios y deshechos, son también (por ejemplo) Estados Unidos tras la derrota en Vietnam; nosotros los ingleses muy postcoloniales; los españoles cuyas identidades están debatiéndose entre apertura y redemocratización de un lado y pequeño nacionalismo cerrado y excluyente del otro. Marco Antonio de la Parra señala un territorio que bien podría ser común al anhelar él una recuperación de una natural bisexualidad simbólica y de una masculinidad cuya plenitud se ha hecho ausente; si pudiera existir una verdad transhistórica sería ésta. El deseo de recuperación, de desenterrar lo olvidado, lo callado, de encontrarse con el padre y la madre, con la continuidad e integridad, marca, ciertamente, todas las intervenciones del libro que tenemos delante. Darío Oses nombra un reto no a un estado anterior deseado. Marco Antonio de la Parra echa de menos un hombre serio que sopesa cada movimiento antes de hacerlo; Jorge Pinto Rodríguez quisiera que los hombres se

liberasen de las exigencias de una sociedad que pide tanto esfuerzo por ser macho; José Bengoa invoca a la mujer fundadora de la cultura de ustedes, una mujer transmisora de la memoria y de un razón de ser. Poco a poco sobre la base de proyectos como éste los fragmentos dejarán de serlo, la imagen trizada aprende a no ser imagen de destrucción, de violencia ejercida contra el mundo, contra mujeres, y contra la masculinidad misma. Que sigan manteniéndose los diálogos y proyectos de reajuste político y subjetivo como éstos que se reúnen aquí.

CHRISTOPHER PERRIAM,  
University of Newcastle